



Investigaciones Socio Históricas Regionales  
Unidad Ejecutora en Red – CONICET  
Publicación cuatrimestral  
Año 3, Número 5, 2013

GATTO, Ezequiel (UNR/ISHiR-CONICET)

---

### Reseña

VIANO, Cristina (editora), *Miradas sobre la historia. Fragmentos de un recorrido*, Prohistoria, Rosario, 2012, ISBN 978-987-1855-27-8, pp. 154.

**E**ste libro puede leerse como un conjunto de trabajos que reflexionan en torno las innovaciones en la escritura de la historia gracias a las cuales ciertos sujetos y acciones, antaño invisibles, devinieron, en el último medio siglo, protagonistas de los discursos historiográficos. Dicha visibilización no se agota en el ensamblaje de materiales dentro de un esquema ya dispuesto. La metáfora óptica puede engañar: lo que el conjunto de textos que pueblan este libro colectivo demuestra es que la aparición de la diferencia, así como reordenó las topologías y dinámicas sociales, hizo lo propio con las tópicos y narrativas históricas. La escritura de la historia preocupada por “la diferencia” es una escritura de la historia preocupada por una escritura diferente de la historia.

En ese sentido, me interesa compartir una lectura de cómo la cuestión del archivo, tan fundamental para la escritura de la historia, recorre los textos de *Miradas sobre la historia* asumiendo diversas significaciones pero encontrándose en un punto común: el archivo no es una base de datos; es, en cambio, una delicada construcción con profundas consecuencias teóricas, metodológicas, políticas y culturales.

Así, esta obra colectiva puede entenderse como el abordaje multifacético del problema a partir de un conjunto de nombres propios y grupales (Benjamin, Gramsci, Thompson, los marxistas británicos, los estudios de género, la historia reciente) que han operado decisivamente sobre él. En otros términos, me ha resultado útil leer los trabajos presentes en *Miradas...* bajo la hipótesis de que, para sus autores, si algo caracteriza los movimientos tectónicos del pensamiento historizante de las últimas décadas es una pregunta por el archivo y que es preciso explorar ese rasgo desde diferentes perspectivas: epistemológicas, metodológicas, políticas.

El trabajo de Débora Cerio sobre Walter Benjamin explora la modalidad fragmentaria de escritura de la historia que signó la obra del pensador judío

Recibido con pedido de publicación 25/02/2013
Aceptado para publicación 29/03/2013
Versión definitiva recibida 15/04/2013

alemán, su función de corte respecto al tiempo homogéneo y lineal del progreso (y sus correspondientes historiografías) y la tarea creativa del historiador, quien al abrir el pasado abre el futuro en su indeterminación. Aquí la cuestión del archivo aparece subrayada en el interés de Benjamin por el mundo de los objetos y su poder semiótico: la posibilidad que tienen, por un lado, de albergar la historia sangrienta que los ha producido (como si fueran las ruinas materiales que ve el Angelus Novus) y, por otro, de expresar los sueños y utopías que en ellos han dejado huellas. Esta historia a contrapelo es también un archivo a contrapelo, en el cual las voces de los vencidos, la montaña de catástrofes que llamamos historia, se presenta bajo otras luces. Si la estrategia historizante de Benjamin, escribe Cerio, *“carga al pasado de una nueva potencia al dejar de considerarlo un punto fijo”* e ilumina así otros itinerarios posibles hacia el futuro, entonces lo pasado y lo porvenir se vuelven imprevisibles. Y es allí que el archivo y el historiador adquieren una vitalidad - para decirlo con Cerio, “poética”- apasionante.

*El libro de los pasajes*, una obra tan infinita como metódica, da muestras de ese encuentro creativo entre fuentes y operación historiográfica cuando Cerio nos recuerda que Benjamin, a medio camino entre un exégeta bíblico y un productor musical que recurre a samplers, ordenó, durante trece años, recortes y comentarios propios al tiempo que coleccionaba objetos de lo más variados. Lector tentacular: arquitectura y urbanismo, crítica artística, literatura, dibujos para niños, periódicos, cartas, documentos oficiales. Coleccionista de juguetes y revistas, atento a la fotografía, al cine y a la moda. Y, por supuesto, a los lugares. Fumador de hasch, al que consideraba una posibilidad de transformar la percepción. El artículo de Cerio deja claro que la invención de un archivo múltiple no es el menor de los aportes de Benjamin a la escritura de la historia

Pero dicha cuestión bucea más profundo en este texto, en la medida en que la autora sostiene que Benjamin, al romper con una escritura de la historia organizada bajo los términos impuestos por el “Érase una vez”, procura *“un modo de aprehensión de lo pretérito que socava la noción del presente como tránsito del pasado al futuro y, con ello, la posibilidad de neutralidad del historiador, pues las circunstancias en las que éste elabora su discurso no definen un lugar indiferentemente situado en cualquier punto de ese recorrido aparentemente homogéneo sino “precisamente ese presente en el cual escribe historia por cuenta propia [tesis XVI]”*. La insistencia de Cerio en ese presente diferenciado es clave, en la medida en que el acto de historizar implica un momento cargado con todas las tensiones que inciden en esa coyuntura precisa. Así, lo que Benjamin funda, o formaliza, es ya no sólo un archivo sino una experiencia irreductible, presente, singular, ¿mesiánica? del archivo.

A continuación, Ángel Oliva aborda el pensamiento de Antonio Gramsci, autor clave en una serie de renovaciones teóricas que afectaron al marxismo y que aportaron también a su desborde. Oliva emprende una caracterización del mapa conceptual que diseña el pensamiento gramsciano: las categorías de Estado y sociedad civil, clases subalternas, crisis orgánica, bloque histórico. Todas ellas interpelan el estatuto que el marxismo de la segunda internacional asignaba a la historia y la historicidad.

Gramsci, de la mano de la complejización y comprensión de la bidireccionalidad de las relaciones entre superestructura y estructura, que el marxismo ortodoxo había asumido -luego de una lectura rápida pero de largo

aliento- del *Prólogo a la Contribución de la crítica de la economía política* como simples y mecánicas, abre un campo de especificidades: rasgos nacionales, relaciones de fuerzas, experiencias de clase que Oliva subraya como elementos que conllevan tanto valor epistemológico como político. En ese sentido, la cultura, leída a la luz de los conflictos de clase, asume un cariz, conflictivo e histórico, es decir, en permanente cambio. Vale aquí citar un párrafo de Oliva: “*Las relaciones de clase germinan en el seno de las relaciones de producción pero se extienden al conjunto de la trama social atravesando transversalmente tanto relaciones de tipo estatal como de tipo privadas. Signos de su naturaleza antagónica pueden encontrarse en fenómenos tan pequeños como en las derivas de lenguaje hasta las manifestaciones más expresas como una protesta popular*”. Esa noción creativa y antagónica de la cultura, que Oliva se preocupa en mostrar cómo Gramsci supo acuñar, será puesta a trabajar en la historia de maneras decisivas. Dicha renovación, que tal como el autor subraya es teórica y política, impactó en las formas del archivo de múltiples maneras, algo que los marxistas británicos, la historia social y los estudios culturales no han cesado de aprovechar y relanzar permanentemente.

Posteriormente, con un maravilloso extracto del poema “La literatura será sometida a investigación”, de Bertold Brecht, Mariana Bortolotti abre el capítulo que el libro destina a los debates que han alimentado las renovaciones, fundamentales para el pensamiento historizante, de la historia social.

La autora comienza indicando en qué sentidos la historia social se planteó como superación de la mirada del historicismo, focalizado en los grandes hombres, es decir, en los archivos estatales nacionales observados desde una perspectiva que tendía a replicar su ordenamiento político, administrativo, diplomático y militar. A continuación, Bortolotti despliega una narración que explícita cómo se fue forjando una perspectiva social de la historia, cuya constitución tuvo que ver con debates en torno a los conceptos de *social* e *historia* y con una larga serie de encuentros y desencuentros entre las ciencias sociales (en especial, la economía, la antropología y la sociología) y las propias corrientes historiográficas (historicismo, positivismo, historia de la cultura, Annales) que, hacia mediados de los '60, desembocaron en una novedad historiográfica.

Novedad que atañe también a un potente *efecto de archivo*. En palabras de Bortolotti: “*El próspero avance de éstas áreas guarda estrecha relación con la aplicación de los nuevos enfoques teóricos en el análisis de las fuentes documentales tradicionales y, principalmente, con la ampliación de la búsqueda documental. Alentada por las nuevas preguntas y nuevos problemas, la historia social apeló a un espectro documental sumamente amplio, incluyendo inventarios domésticos, testamentos, registros parroquiales, cartas, prensa periódica, fondos fotográficos y fuentes orales, entre muchos otros*”. Esta ampliación documental no se agota en su sentido cuantitativo: la aparición de nuevos objetos conlleva el recurso a nuevas teorías y nociones que permitan comprensiones complejas. Entre ellos, Bortolotti destaca un “pasaje de la estructura a las prácticas” así como una suerte de nuevo sendero de investigación, poblado de múltiples dimensiones, que requieren la puesta en articulación de una variedad amplia de documentos. Es allí donde

presenciamos la fertilidad actual de ciertas nociones de cultura y de archivo que parecen indicar algunas direcciones potentes a la historia social.

Aquellas novedades historiográficas ocurridas entre los años '50 y '60 son el centro de atención del segundo aporte de Débora Cerio a esta obra colectiva, dedicado a la historia social británica de la época, animada especialmente por un conjunto de investigadores que recibirán el nombre colectivo de marxistas británicos. Luego de una breve genealogía intelectual, seguida de la enumeración de sus más conocidos integrantes, Cerio se focaliza sobre asuntos que hacen a las particularidades del debate teórico que tallan los rasgos del marxismo británico: sus polémicas con las ideas propias del stalinismo y la discusión con el estructuralismo francés (en especial, con Althusser) en torno a los vínculos entre estructura y superestructura, los sentidos de la Historia y las contingencias, la acción subjetiva y las relaciones estructurales. Encontrando una posible línea de continuidad entre el *Prólogo a la contribución...*, la vulgata stalinista y la filosofía materialista dialéctica antihumanista de Althusser, la autora se propone explorar cómo la experiencia historiográfica británica se diferenció de aquello.

Anclando sus ideas en la interpretación de la obra de E. P. Thompson, Cerio caracteriza la historia social británica mostrando cómo, sin abandonar la hipótesis del sujeto histórico arraigada en una mirada clasista de la sociedad, puede decirse que aquella convierte a dicho sujeto en subjetividad, en relaciones de producción manifestadas en una multitud de expresiones y, como tal, tramadas en relaciones históricas. De esta forma, la filosofía de la historia como garante en última instancia de la comprensión se desvanece y, con ella, una manera de producir conceptos. Cerio indica que ese cambio se expresa en el abandono de la modelización y la asunción del concepto como cierta expectativa, algo que, si bien la autora no marca, puede pensarse fuertemente vinculado a la noción weberiana de tipo ideal.

Esos desplazamientos son, simultáneamente, productos y productores de una cierta configuración de archivo. En ese sentido, afirma Cerio: *“los cultores de la historia social dieron carta de ciudadanía a nuevos actores, se interesaron por otro tipo de temas y cuestiones y multiplicaron los materiales que podían considerarse huellas de lo pretérito”*. Asumiendo la propia historicidad de sus preguntas, la investigación se convierte en un diálogo entre conceptos, interrogantes y datos. Un diálogo abierto, puesto que, afirma Cerio, *“cada época y cada investigador pueden proponer nuevos interrogantes a los datos o iluminar datos que para otros pueden resultar intrascendentes”*. Desprendido sea de su condición de reservorio de meros efectos superestructurales como de datos cuyo sentido es evidente, algo que Cerio sintetiza muy bien cuando cita la brillante -por autocrítica- respuesta de Thompson a Joan Scott respecto a la invisibilidad de los géneros en su obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, el archivo asume una presencia decisiva en el presente de acto historizante y, con ella, revela su condición -y su productividad- política.

El artículo de Andrea Andújar se pregunta, abordando la Historia de las mujeres, qué sucede en las tramas del poder discursivo. ¿Cómo se crean, filtran y resisten enunciados que operan a contramano de las discursividades hegemónicas?

El texto avanza sobre dos ejes para pensar la “historia de las mujeres”: uno histórico y otro histórico-conceptual, focalizado en la categoría de “género”.

En el primero Andújar indica cómo las transformaciones políticas y culturales que tuvieron lugar durante los años '60 y '70, en las cuales los movimientos feministas adquirieron nuevas formas, prácticas y discursos, fueron decisivas en la emergencia de una inquietud historiográfica por las mujeres. La indagación del pasado de esta perspectiva produjo una serie de cuestionamientos al estatuto del archivo de profundas consecuencias. Al archivo positivista en la medida en que su carácter estatal, nacional y político era en sí mismo *“una delimitación de qué hechos y protagonistas merecían trascender el paso del tiempo”*. Ese recorte provocaba una narrativa eminentemente poblada de hombres, donde las mujeres sólo aparecían en tanto excepciones, ocupando roles masculinos.

Ante esto, las y los historiadores implicados con la historia de las mujeres llevaron adelante lo que Andújar define como un *“desenterramiento de la experiencia femenina”* que consistió en el abordaje de fuentes “tradicionales” a partir de nuevas preguntas y en la producción o sistematización de nuevos archivos: textos privados, memorias, literatura, dando cuenta de la imbricada relación existente entre archivo, metodología y escritura de la historia, que no se agotó en reponer la presencia de mujeres sobre un esquema previo sino que tuvo que poner en cuestión profundamente dicho esquema para hacer visible la presencia femenina. En ese sentido, un rasgo tan naturalizado como la cronología y la periodización adquiere otra tonalidad (y revela su genealogía sexuada, androcéntrica) cuando la autora evoca el artículo de Joan Kelly Gadol *¿Tuvieron las mujeres Renacimiento?*

Otra expresión de aquella relación imbricada puede ser el señalamiento de Andújar respecto a la experiencia de renovación de los criterios de lo importante y lo trivial, que abrió un campo de exploración documental y registros de vida cotidiana, sociabilidades, relaciones familiares, que exigen, consecuentemente, nuevas estrategias narrativas y formas de escribir la historia, algo con lo cual la aparición de registros audiovisuales y sonoros colaboraron indudablemente, aspecto que Andújar no señala pero bien puede funcionar como prolongación de su argumento.

A continuación, en un señalamiento que recorre otros textos de esta compilación (Bortolotti), Andújar cuestiona la eficacia del giro lingüístico en la producción historiográfica bajo la idea de que la primacía de una epistemología de la investigación sostenida en la idea del lenguaje y los discursos como productores de la realidad social borra el plano de la acción. Como antídoto contra ese riesgo, la autora sostiene que la investigación en culturas del trabajo y otras experiencias de clase obrera ha sido prolífica para los estudios de género en América Latina *“gracias a una lectura a contrapelo de las fuentes estatales, sindicales y empresariales”*. Esa lectura, atenta a lo no dicho tanto como, recuperando otra expresión benjaminiana, a lo que de barbarie hay en todo documento de cultura entra en conexión con todo un campo de registros antes no explorados, funcionando como una estrategia fundamental para la construcción de un archivo histórico que se propone inventar el sonido allí donde unas narrativas tradicionales han desplegado silencios y silenciamientos.

Como consecuencia de un ordenamiento cronológico de la exposición, que comienza con Benjamin, continua con Gramsci, la Historia Social, el marxismo británico y los estudios de género, el libro se cierra con el artículo de su editora, Cristina Viano dedicado a la Historia Reciente.

El mismo se abre precisando cómo las variaciones en la constitución de sus fuentes y archivos permite distinguir formas de escribir la historia. Así, mientras el archivo premoderno sería eminentemente auricular (de primera o segunda mano), el archivo de la historia a partir del siglo XVIII será escrito. Este cambio encierra dilemas de notable influencia: el destierro de la oralidad como fuente, una definición de “pasado” como distancia mortal, de verdad como estabilidad, cambios en los métodos de estudio, en la relación entre el presente del historiador y su objeto, etc.

Esta situación comenzó a cambiar en las últimas décadas del siglo XX. Viano señala que dichas transformaciones no han sido meramente intrahistoriográficas sino consecuencias del diálogo que ciertos historiadores establecieron con procesos sociales y culturales amplios que afectaban sus vidas y condiciones. Dicho diálogo fue adquiriendo nuevas aristas, ganando en complejidades, instalado en el centro de un debate conceptual y nominativo en el que *“la relación de contemporaneidad entre los procesos y problemas que se investigan y el acto de investigar desplegado por las y los historiadores está investido por una proximidad que nos indica (...) que “se historiza el pasado vivo” o también que se escribe “la historia del mundo en que vivimos”*. En ese sentido, hacer historia reciente es también, rastrear las formas y discursos a través de los cuales nuestros contemporáneos construyen sentido sobre el pasado como historia de sí mismos.

Esta historia supone también recursos (archivos) específicos: la memoria y la historia oral. A la primera, Viano dedica una caracterización que se explaya en torno a las diferentes modalidades de comprensión de las relaciones entre historia y memoria (como opuestos, como dialécticos, como condicionante una de otra) para luego resaltar que lo que se entiende por memoria para la historia reciente ha sido marcada en gran medida por un impulso a “recordarlo todo”, cuyas raíces culturales la autora refiere al alemán Andreas Huyssen (y que podríamos extender hasta el francés Jean Baudrillard y el inglés Simon Reynolds) para quienes un cierto desplome de los horizontes de futuro ha revertido en una tendencia opuesta a desenterrar todos los pasados en una especie de musealización del mundo y la cultura; asimismo también han tenido un rol protagónico ciertas narrativas respecto a pasados traumáticos (nazismo, franquismo, dictaduras latinoamericanas y asiáticas). Un rol eficaz, si se piensa en la articulación que estas problemáticas ha tenido, en América latina, con las luchas políticas por la justicia ante los crímenes cometidos.

En diálogo íntimo con la memoria, Viano destaca la función de la historia oral como la invención de un nuevo archivo, posibilitado, a su vez, por la aparición del grabador, que se preocupó por ir ampliando el registro de las voces que recogía, por dar visibilidad a sujetos sociales antes opacados (mujeres, etnias, homosexuales, perseguidos políticos, víctimas económicas), por *“alumbrar nuevas regiones de la actividad humana”*.

La autora cierra su artículo demostrando como memoria e historia oral han sido claves en las renovaciones historiográficas en la Argentina actual, así como

herramientas eficaces en la generación de nuevos interrogantes y en las disputas por el sentido de las últimas décadas. Finalmente, indica dos cuestionamientos interesantes: por un lado, que la Historia Reciente ha funcionado como un modo de hiperfocalización en el pasado reciente que obtura el presente (memoriales sobre Auschwitz y silencio sobre Guantánamo); por el otro, que su interés ha sido casi exclusivamente en torno a memorias y pasados traumáticos. Las formas de superar estos escollos perfilan buena parte de las actuales (y próximas) maneras de hacer historia.

En resumen, *Miradas sobre la historia*, presentando un amplio campo de la historiografía del s.XX, invita a seguir pensando que nuevos archivos somos capaces de imaginar y construir y cuáles habrán de ser sus impactos políticos. Así, nos recuerda que la historia interviene en su propio tiempo, que toda pregunta al pasado es, también, una apuesta a futuro.

